

## **Fiestas y festejos desde los que construimos ciudadanía**

Estos días de aislamiento interrumpen por primera vez en doce años la marcha de la diversidad sexual de la ciudad de Cartagena, un proceso de movilización festiva y colorida articulado a la revitalización de las fiestas de la independencia, que ha buscado consolidarse como un escenario de transformación desde la esencia misma de la ciudad que son sus fiestas novembrinas, y que permiten recordar su gesta emancipadora del poder colonial y su mayor propósito: la libertad de construir nuevas expresiones de ciudadanía. Si bien, tanto dicha emancipación social como las condiciones de libertad de la ciudadanía están pendientes por resolverse, la agudización de las brechas de desigualdad e inequidad, que se perpetúan en prácticas de exclusión y discriminación, demuestran que este es un espacio público necesario como proceso pedagógico para que la cultura ciudadana se piense de manera integral e incluya la garantía de los derechos de las personas LGBT.

Desde 2009, cuando se tomó la decisión de realizar la marcha en el marco de las fiestas, fueron muchas las voces de protesta por no coincidir con la fecha estadounidense, que en Colombia se adoptó con gran facilidad: “el día del orgullo gay”. Pero es que, en Cartagena, hay una motivación mayor a Stonewall, que hace que se promueva esta fecha: desde finales del siglo pasado, el Cabildo de Getsemaní, uno de los actos festivos más emblemáticos de la ciudad, ha sido el lugar de participación por excelencia de muchas mujeres trans para contribuir desde sus saberes artísticos y festivos a consolidar la tradición del barrio, incluso cuando en Colombia se hablaba del delito de la sodomía y no existía ninguna acción afirmativa para las personas LGBT, ya ellas eran determinantes en los preludios festivos de ese barrio emblemático.

En 2006 las mujeres trans de ese proceso, motivadas por los avances acelerados que tenía nuestro movimiento, según informaban los medios de comunicación, decidieron, con el apoyo de la gran hacedora del Cabildo, la señora Nilda Meléndez, proponer su propio Cabildo en el barrio Getsemaní, sin embargo, dicha expresión de visibilidad, que por primera vez permitió ondear las banderas arcoíris por las calles del Centro Histórico, fue recibida con insultos y rechazo por una inmensa mayoría y acogida por un pequeño grupo de ciudadanía, entre ellas, Judith Pinedo, que para la fecha fungía como directora de la Fundación Cívica de Cartagena, FUNCICAR. Ella, un año después como alcaldesa de la ciudad, asumió un compromiso de apoyar dicha iniciativa y hacer de este espacio un componente de la revitalización de las fiestas de la ciudad por su papel pedagógico y transformador en lo que para esa administración significaba llenar de contenido social la agenda cultural.

Y es que las acciones festivas y culturales son vías para entender las estructuras de las demandas de los movimientos sociales y lugares ideales para aportar a la transformación de imaginarios prejuiciosos, por el componente vinculante de la cultura con la vida de las comunidades. Por eso, la historia de cómo un paseo de olla, que terminó convirtiéndose en una acción colectiva que permitió mantener viva la memoria de las personas LGBTI del sur del Tolima en los momentos más agudos del conflicto armado y que, a la vez, dio espacios de visibilidad y dignidad a un grupo de mujeres trans, es el relato en torno al cual gira el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica presentado en 2018: “Un carnaval de resistencia: memorias del reinado trans del río Tuluní”, que da cuenta de cómo las personas LGBTI, particularmente las mujeres trans, construyeron espacios de supervivencia y



resistencia en el sur del departamento del Tolima. Es precisamente desde estos mismos escenarios y con las demandas que se configuraron y resignificaron allí que el Estado debe proponer medidas de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. y las comunidades prácticas de cultura ciudadana si queremos que la paz se experimente en la vida en comunidad.

Como las historias del río Tuluní, o el Cabildo de Getsemaní, son muchos los relatos del movimiento LGBT a lo largo y ancho del país. Son decenas las prácticas culturales y festivas, suscritas a las costumbres y usos de los territorios, en las cuales las personas encuentran la posibilidad de construir su ciudadanía y reclamar respeto y reconocimiento a sus derechos. Estas narrativas, como hitos fundacionales de nuestras demandas, se alejan de los relatos unanimistas y foráneos de una única versión del origen de la movilización social, que gira en torno a los acontecimientos de “Stonewall” y que de entrada construye parámetros urbanos, patriarcales, masculinos, académicos, clase media, que si bien han logrado avances significativos, sobre todo en incidencia, investigación y litigio, se mueve en el riesgo de olvidar lo más cotidiano de la vida de la gente LGBT y de ignorar la cosificación de la modernidad consumista a nuestras pretensiones, dejando por fuera relatos periféricos de acciones festivas y celebrativas que incluso antecedieron sus debates ilustrados, y que en ocasiones son vistas desde la óptica reduccionista y el desprecio a lo espontáneo que tiene el discurso elaborado.

En términos culturales se pueden nombrar: la guacherna LGBTI del Carnaval de Barranquilla desde 1983, desafiando las normas policiales que no permitían la participación de las mujeres trans en la guacherna de la ciudad; la consolidación y expresión de la memoria histórica del mito del caimán de los jóvenes LGBTI de Ciénaga, Magdalena; el reinado trans del mar en Santa Marta; y un sinnúmero de reinados y fiestas en barrios, terrazas y bares, eventos culturales en colegios y acciones comunales y espacios festivos, en veredas, pueblos y ciudades de Colombia, que ocurren como lo más popular y comunitario de sus cotidianidades y expresa de la forma más viva sus valores colectivos. Todo estos fueron y son espacios en los cuales, mucho antes de que apareciera el movimiento LGBT capitalista y racionalista como lo conocemos hoy, muchas personas, particularmente mujeres trans, construyeron narrativas para poder sobrevivir y consolidar su ciudadanía plena a pesar de la adversidad.

Volviendo a Cartagena, Canela fue la mujer trans que por primera vez portó la bandera arcoiris por las calles de La Heroica, junto a otras 8 mujeres que resistieron insultos y piedras porque esa era para ellas su mayor conquista: “la ciudad es nuestras; somos protagonistas y actoras festivas”, al igual que las mujeres del reinado del río Tuluní cuando afirmaban: “Queremos ser reinas porque todo el mundo las quiere, entonces como aquí nadie nos quiere, por eso queremos ser reinas”. En Cartagena y el sur del Tolima, y de seguro en muchos lugares del país, particularmente el país olvidado, pobre, marginado y rural, estas afirmaciones convocan cotidianamente a las personas LGBT para buscar el reconocimiento de sus derechos y que en la vida cotidiana de sus comunidades existan garantías para su ciudadanía plena y que el desarrollo acceso a derechos y servicios sea una realidad para ellas.

Esta crisis del COVID-19 ya deja constancia de aumento en los niveles de pobreza e inequidad, dejando al descubierto que el mayor problema de la sociedad es su situación estructural de precariedad y falta de acceso al bienestar, motivaciones más que suficientes para seguir consolidando acciones colectivas para exigir derechos. Seguramente, cuando retornemos a lo público, se



reactivarán estos espacios, algunos en memoria de las que ya no están, pero también de un sinnúmero que siguen resistiendo en sus comunidades y tienen el reto de sobrevivir con dignidad y calidad de vida a esta pandemia, y, que al tiempo, no quieren un paréntesis en la agenda pública para que tome forma la conmemoración del orgullo o simplemente que se les incluya en procesos de formación y participación, sino que en las prácticas propias, culturales y festivas de sus pueblos, que son la esencia y la fuente de su vida en comunidad, puedan estar también las personas con orientaciones sexuales, identidades y expresiones de género diversas, para que la reinención social que tiene que hacer el Estado y la sociedad para recomponer el tejido social después de esta crisis tenga verdaderamente en cuenta a las personas LGBT.

**Wilson Castañeda Castro**  
**Caribe Afirmativo**